

*Una dama
Inesperada*

Hilda Rojas Correa

*No hay ser humano, por cobarde que sea, que no
pueda convertirse en héroe por amor.*

PLATÓN



Capítulo I

Southampton, lunes 6 de febrero de 1843.

Sarah no sabía que su vida cambiaría tanto, solo por no aceptar que nadie se casaría con ella. Su experiencia confirmaba que su nombre y la palabra matrimonio no podían ir juntas en la misma oración, y menos en una expresión positiva.

Como todas las mañanas desde hacía casi un año, su rutina era la misma; se levantó y abrió las cortinas y las ventanas de su habitación para inspirar el aire costero por unos minutos, luego las cerró; hizo sus abluciones; se vistió con la ayuda de Nana —pese a que no necesitaba los servicios de una doncella en realidad—; desayunó con frugalidad junto a Paris, su gato negro; y se ocupó de la correspondencia en la biblioteca.

En eso estaba cuando, al leer el remitente de la primera carta, se dibujó una sonrisa que adornó sus gruesos y carnosos labios con un sentimiento dulce y nostálgico. Se trataba de su íntima y más querida amiga, Lucy, o mejor conocida desde hacía cinco años como lady Netley. Ella era la única persona viva que la llamaba «Mani», el cual era el diminutivo de su segundo nombre, Imani.

Londres, 1 de febrero de 1843.

Mi querida Mani:

No llevo ni siquiera un mes en Londres y ya quiero volver a Southampton. Creí en ti cuando me dijiste que me acostum-

braría, pero no es así. Todos los años es lo mismo y ya sé por qué añoro tanto mi ciudad natal.

Tú. Sí, tú.

—Pero ¡qué exagerada!

Sarah rio negando con la cabeza y siguió leyendo.

Ya te imagino riéndote de mí, pensando: «Pero ¡qué exagerada es Lucy!», mas no es así, te lo aseguro. Londres es moderno, cosmopolita y todo lo que quieras, pero me hace falta alguien con quién conversar sin el temor a ser juzgada, o que se inicie un rumor ridículo por alguna torpeza de mi parte (sí, ya sé que ya debería estar habituada a esto, pero me supera). Es complicado sortear esos obstáculos sin una mano amiga que te comprenda (o que te secunde) en todos estos eventos sociales a los que hay que asistir y organizar. Bien sabes que no puedo contar para nada con mi madrastra, que está feliz de haberse deshecho de la más molesta de sus hijastras.

Por lo tanto, te pido... no, mejor dicho, te exijo que vengas y me acompañes durante esta temporada. Así no pasarás tu cumpleaños sola, es el primero en el que tu padre no está, y sé que será muy duro para ti.

Sarah dejó de leer y respiró hondo. Dio un suspiro, y se secó las repentinas e incipientes lágrimas. Lucy tenía razón, a finales de abril se cumpliría el primer aniversario de la muerte de su padre. Ya había superado su primera Navidad sin él, y habría sido devastadora si no fuera por su amiga que la invitó a pasar las fiestas en su casa. Su cumpleaños sería peor, pues su padre, a diferencia de los demás, ponía especial énfasis en celebrarlo y en dar un regalo significativo.

Por favor, considéralo. Nos hará bien a las dos. Puedes traer a Paris si quieres... Aunque no se me ocurre cómo... Ni siquiera sé cómo te las ingenias para mantenerlo dentro de la casa sin que se escape como todos los gatos. Es un misterio para mí.

—Paris no tiene que salir a ninguna parte. Usa una caja de arena en un lugar especial para su única necesidad —respondió

Sarah, pensando en todo lo que rezongaba Nana debido al desperdicio de tiempo y dinero que se destinaba a la constante limpieza de los desechos de la mascota. Todo para que «su majestad» felina hiciera sus porquerías en un solo sitio.

Sarah siguió leyendo.

Ven, sé muy bien que Londres no será fácil para ti, mas ni siquiera en Southampton lo es. Soy consciente de que puedo sonar como una niña caprichosa, pero necesito a una verdadera amiga aquí. Si temes por mi privacidad de mujer casada, bien puedes permitirte arrendar una pequeña propiedad cercana a la mía, por algo eres, por derecho propio, la nueva baronesa Harefield.

Sarah se quedó pensativa. Imaginaba a Lucy alzando su aristocrático dedo índice, recalcando que su título era por derecho propio y no de cortesía.

La baronía Harefield era una de las más antiguas de Inglaterra, y en su patente legal se permitía que ella heredara el título si no había un varón en su línea de sucesión.

Paris se paseó entre sus piernas exigiendo cariño, acto seguido, emitió un «puuuuur» y se subió a las faldas de su ama, quien lo acarició y le besó en la cabeza.

—¿Qué dices, Paris de mi corazón? ¿Será bueno ir a Londres?
—Suspiró. Paris se acomodó, cerró sus ojos y su ronroneo llenó el silencio.

Debía admitir que tan solo pensar en Londres le hacía sentir una mezcla extraña de entusiasmo y miedo. Sabía que no era una buena idea, pero Lucy tenía razón, donde fuera que estuviera no iba a ser fácil.

Obviando ese punto, Sarah puso los pros y los contras en una balanza.

Lo malo; no conocía Londres, la última vez que fue a la capital, era una bebé, por lo que solo tenía información gracias a los mapas que estudiaba o los periódicos que leía; la buena sociedad la ignoraría —en el mejor de los casos— o la rechazarían —en el peor—; extrañaría su casa, su cama y el aire salino del mar.

Lo bueno; el tren reducía el tiempo de viaje; estaría cerca de Lucy; podría comprarse ropa y zapatos que no encontraba en

Southampton —si es que la dejaban entrar a un atelier de renombre—; y si tenía suerte, podría conocer a otro tipo de personas, no se sentiría tan triste y sola y...

Y...

Y si su suerte era monumentalmente colosal, tal vez, quizás, pudiera dar su primer beso, o que un hombre de verdad la encontrara hermosa. No que ponga cara de asco o que finja afecto para después descubrirlo hablando a sus espaldas con otra dama, apodándola como...

—Cara de simio —rumió Sarah.

Fue inevitable levantar su vista y contemplar el retrato de sus padres frente a su escritorio. Ahí, mirando hacia al espectador y con una expresión de felicidad reflejada en sus ojos, estaban los barones Harefield, Timothy Lindsay y su esposa, Anne. Todo el mundo decía que el artista que pintó a la pareja había cobrado el doble, debido a lo complicado que era armonizar el contraste entre la piel de alabastro del barón y el tono oscuro de su esposa.

Un eufemismo para decir que era difícil pintar a lady Harefield porque era negra.

Lo cierto era que el artista no había cobrado el doble, ni nada por el estilo. Tardó un poco más de lo habitual, sí, pero, según sus palabras, fue un buen desafío para sus habilidades pictóricas.

Lady Harefield no quería que la «aclararan» ni que la «embellecieran» ocultando los rasgos de su ascendencia africana, deseaba verse tal como ella se veía en el espejo.

Sarah no recordaba del todo el rostro de su madre o su voz, pero sí el tono y la suavidad de su piel que era como el chocolate. Y, a juzgar por la fidelidad que tuvo el artista en plasmar las facciones de su padre, no dudaba que esa era la imagen de su madre, y ella consideraba que fue una mujer hermosa.

Su padre siempre le contaba la historia del retrato con una sonrisa en sus labios, para él era un precioso recuerdo. A Timothy Lindsay nunca le importó lo que le dijeran los demás sobre Anne; que iba a ensuciar su linaje, que tendría hijos horribles, que los negros eran la encarnación del pecado y la corrupción humana y otras «verdades» como esas. La familia de su padre decía que Anne lo había hechizado con sus artes paganas africanas, pues Timothy la vio y ya no tuvo ojos para otra mujer.

Lo más divertido de todo era que Anne poco y nada supo de «artes paganas africanas». Lo único que conservó de sus raíces fue su segundo nombre, Imani, herencia de su madre: Mary Imani Prince.

Anne vio a su progenitor pocas veces en su vida, pues él era capitán de la Royal Navy. George Pullman prefirió seguir su carrera naval y delegó la tarea de criarla y educarla a su hermano mayor, sir Arthur Pullman, y a la esposa de este, Calpurnia. Ellos se encargaron de darle la poca información que manejaba sobre su origen.

La madre de Anne fue una joven esclava y George la recibió como un obsequio diplomático. Nadie tenía claro si ellos se enamoraron o no, solo era evidente que concibieron una bebé. George decidió llevarlas a Inglaterra, ahí las dos serían libres; sin embargo, Mary falleció de fiebres un día antes de llegar al puerto. Fue enterrada en Liverpool.

A esas alturas, Sarah se sentía afortunada de no morir joven a causa de ninguna clase de fiebre, tal como su abuela y su madre.

Sarah se miró las manos, su tono de piel era un poco más claro en comparación con el de su madre, mas era innegable su ascendencia mestiza. Aquello era suficiente para que muchas personas la trataran como un objeto exótico.

No obstante, debía admitir que tener una vida solitaria era una insignificancia, comparada con la de muchas personas negras. En Southampton era común verlas, sobre todo en el puerto, o trabajando en el servicio doméstico de alguna casa adinerada. A Sarah no le gustaba contratar a personas de su mismo color de piel en el servicio doméstico. Para la sociedad, tener un mayordomo negro era equiparable a poseer un jarrón chino o una escultura griega. Era símbolo de estatus. A Sarah le avergonzaba que tan solo siquiera pensaran que ella le pudiera dar el mismo trato a alguien de su propia raza.

Cada cosa que Sarah hiciera o dejara de hacer era propenso a ser cuestionado.

Aquello era consecuencia de encontrarse en un borde social bastante borroso. Era como ser una extranjera en su propia tierra. Para algunos, una mancha que no debía existir, para otros, una aristócrata única en su clase. Para algunos, una flor exótica para coleccionar, para otros... un simio.

Sarah tragó saliva y dejó de divagar. Se centró en la caligrafía pulcra y femenina de Lucy.

Y, por último, tengo un motivo más para exigir tu compañía: Al fin estoy esperando un bebé... Creo que esta vez será diferente, lo siento más arraigado en mis entrañas y ya han pasado más de tres meses. Tengo algunos mareos y no soporto el olor de los huevos en las mañanas, fuera de ello estoy muy bien.

Mani, mi querida Mani, te insistiré en cada carta hasta que me confirmes que vendrás a visitarme. No tenemos por qué esperar la llegada del verano para encontrarnos.

Con cariño.

Lucy Netley

Sarah meditó mirando por la ventana, el cielo estaba claro y despejado. El invierno no fue tan frío como los anteriores. Había salido pocas veces de Southampton, cuatro para ser exacta. Su destino siempre fue Bath, lugar donde todavía vivían sus tíos abuelos, sir Arthur y Calpurnia, a quienes les profesaba un afecto especial.

Aparte de esos viajes veraniegos, nada más. Ni siquiera podían contar las breves visitas a la isla de Wight, de donde provenían Nana —su doncella— y Murray —su mayordomo—, quienes eran lo más cercano a tener una familia.

Paris se acomodó y Sarah lo acarició. La única vez que su mascota escapó de Harefield Manor, se sintió morir pensando que nunca más volvería a verlo. Una semana después regresó magullado, sucio y flaco. Había luchado con dientes y garras —literalmente— por perpetuar su linaje. Desde ese instante, ella mantuvo puertas y ventanas de su casa cerradas, para que su gato no sintiera el llamado de la naturaleza.

—No puedo ser tan patética y cobarde, ¿cierto, Paris? Hasta tú fuiste más valiente que yo. —El gato la miró y parpadeó lento—. Quizás dónde estuviste esa semana en la que te dedicaste a preñar a esas pobres gatitas... ¿Te gustaría ir a Londres? Alquilarémos una casa cerca de Lucy, no quiero importunarla exigiéndole que no te deje escapar, y será todo un incordio que ella me insista en visitarla en cada carta que me escriba... No te preocupes, iremos con Nana y Murray... Esta casa la puede cuidar la señora Norton.

Tengo que mandar a hacer una jaula especial para transportarte, y llevar un saco de arena, y tu caja... Será complicado el viaje de cinco horas en tren... —Su postura erguida se encorvó y gimió—. Ooooooh, qué pereza. ¿Por qué Lucy me somete a estos dilemas? Quiero ir y no quiero ir al mismo tiempo.

Sarah suspiró.

Tras un breve silencio, tres golpecitos fueron dados a la puerta de la biblioteca. Sarah se enderezó y autorizó la entrada. Era el mayordomo.

—Tiene visitas, milady —anunció Murray con su voz suave y serena. El hombre bordeaba los cincuenta años y había estado los últimos veinticinco al servicio de Harefield Manor—. Son sus tíos. Esperan en la salita matinal.

Tíos... no tíos abuelos. Qué decepción. Eso significaba que la visitaba esa parte de la familia a la que estaba atada y que no la apreciaba para nada. Por más que ellos intentaran fingir una relación cordial, no podían evitar lanzar comentarios desagradables. No obstante, como cabeza de la familia, Sarah procuraba mantener el ambiente en paz, no podía hacerles el desaire.

Aunque ganas no le faltaban.

—Iré enseguida, Murray.

—¿Llevo té, milady? —sugirió el mayordomo.

—Con mucha azúcar, para pasar el trago amargo.

Murray, conocedor del carácter irreverente de la joven ama, añadió:

—Podemos agregar las gotitas purgantes si desea acortar la visita.

—Oh, me encantaría, pero la alfombra cuesta demasiado dinero como para arriesgarnos a que la ensucien.

—Descarto las gotitas entonces...

—De todas formas, esté atento a mi señal. Nunca se sabe cuándo tendremos que recurrir a ellas.

Murray asintió y salió de la estancia. Sarah se levantó, dejó a Paris sobre la silla para que mantuviera su asiento caliente y se quitó el mandil que protegía su ropa de las manchas de tinta. Dio una mirada de reojo al retrato de sus padres, como si dijera «Déséeme suerte» y se dirigió a la salita matinal.

Al entrar a la estancia decorada con tonos celestes y muebles femeninos, divisó a sus tíos murmurando. Fitzgerald Lindsey y su

esposa, Isabella, se levantaron en cuanto notaron su presencia e hicieron una leve reverencia.

Sarah saludó haciendo una cortés inclinación e instó a que todos tomaran asiento. El silencio se derramó espeso entre los tres. La baronesa decidió diluirlo con el tema de siempre:

—Ha estado extraño el tiempo. Casi no parece invierno.

—Así es, la primavera se dejará caer de un momento a otro —señaló Isabella.

Fitzgerald concordó con su esposa y añadió:

—Si todo va bien, las cosechas de tus arrendatarios darán excelentes beneficios.

Silencio...

A Sarah le pareció extraño, sus tíos eran entusiastas comentaristas sobre el tiempo.

En ese instante, golpearon la puerta y entró una criada con un carrito de servicio y, diligente y silenciosa, dispuso todo para el té. Sarah, como anfitriona, sirvió las tazas y ofreció galletas.

Después de hablar de lo delicioso que estaba el té, el silencio volvió a reinar. A Sarah no le quedó más opción que preguntar por el segundo tema favorito de ellos.

—¿Y cómo está mi primo Charles?

Una leve sonrisa se dibujó en el rostro pálido de Isabella y, después de beber un sorbo de té, respondió:

—Se encuentra de maravilla. Acaba de comprometerse con lady Camilla Maxwell.

Las cejas de Sarah se enarcaron. Se preguntó cómo Charles pudo haber logrado que la altanera y soberbia lady Camila aceptara ser su esposa. Bebió té para recomponer su expresión y luego dijo:

—Pues mis más sinceras —«condolencias», pensó— felicitaciones. Me alegro mucho por él, y por ustedes también. Ya era hora que mi primo sentara cabeza.

Ese comentario borró la sonrisa de Isabella. Lo cierto era que Charles era un mujeriego y que tenía un hijo ilegítimo. Aquel comportamiento era *vox populi*; no obstante, no se podía hablar de los errores de Charles frente a su madre.

Sarah, antes de que Isabella dijera algo desagradable como contraataque, repuso con una sonrisa:

—Me refiero a que Charles tiene treinta y tres años. Es una edad ideal para que un hombre forme una familia... y siente cabeza.

Fitzgerald asintió enérgico y añadió:

—En eso tienes razón, Sarah. Lástima que tu tiempo pasó, veinticinco años y sin ningún cortejo.

La delicadeza no era el fuerte de tío Fitzgerald, quien se bebió la mitad de la taza de una sola vez. Sarah sonrió con cinismo disfrazado de ingenuidad y replicó:

—Mi madre no alcanzó a enseñarme sus artes paganas para atraer un hombre. Eso sí es una lástima.

Isabella se aclaró la garganta y amonestó a su esposo con la mirada. Acto seguido, agregó:

—Sarah, querida, debes saber que aquella siempre fue una broma familiar. Anne fue muy querida por todos nosotros.

—En efecto. —Y Sarah sonrió. En su fuero interno, «En efecto» era un sinónimo de «¡Pamplinas!». Bebió té y añadió—: Estoy segura de que siempre le hicieron sentir su aprecio. Yo era demasiado pequeña como para recordarlo.

La ironía era inapreciable en el tono y facciones de Sarah. A lo largo de toda su existencia debió dominar cada una de sus reacciones, para no darle a nadie la razón de que era una salvaje.

Que era el error más grande de Timothy como barón.

Ella no debía perder los estribos o lo pagaría muy caro.

—Exactamente... —continuó Isabella. Tras un breve silencio, bebió un último sorbo de té y añadió con cierta parsimonia—: Bien, como íbamos diciendo, querida, Charles se va a casar muy pronto y, tal como van las cosas, es lo más probable que... a la larga, el título pase a nuestra rama de la familia... y, lo más lógico, sería que las joyas que pertenecen a la consorte del barón pasen a mi hijo y...

—No —interrumpió Sarah. Aquello era inaudito. Tensó la mandíbula y solo los miró fijo, desafiándolos a que continuaran con aquella absurda petición. Como no hubo réplica, dejó su taza sobre el carrito de servicio y añadió—. Hasta donde sé, estoy a punto de cumplir veinticinco años, no ochenta. Me parece que se están precipitando al tomar esa clase de «precauciones». Y las joyas de la consorte del barón las uso yo.

Isabella sonrió, conteniendo en su mueca las ganas de gritar, e insistió:

—Con suerte las usas cuando asistes a los bailes de verano que ofrecen los condes de Netley.

—Aun así. Soy la baronesa y yo las uso cómo y cuándo se me antoje.

—Te lo concedo —intervino Fitzgerald, condescendiente—, aunque, de todas formas, considera ceder el anillo que usan las consortes para la futura esposa de Charles. En esta vida nunca se sabe, querida. Es evidente que ya estás solterona, tampoco tienes prospectos de marido y la línea de sangre de mi hermano acaba contigo. Quizás es conveniente que pronto empieces a preparar a Charles para que él tome las riendas de la baronía cuando mueras. Si bien el título recaerá en mí, he decidido que mi hijo sea el barón de facto.

Sarah entreabrió la boca, incrédula de lo que estaba escuchando. Pensó en su padre y la infinita paciencia que tenía para no saltar sobre la yugular de quienes lo sacaban de sus casillas. Eso mismo le hizo conservar una pizca de control para responder con tono calmo y sereno:

—No pretendo morir en el corto plazo... queridos tíos. Gracias por la preocupación.

—Es bien sabido que las mujeres de tu familia no viven más allá de los veinticinco años —sentenció Fitzgerald—. Lo tienen en la sangre. Deberías prepararte para lo peor y hacer tu testamento.

Sarah se levantó de su asiento.

—Ustedes deberían prepararse para lo peor... Ya que Southampton me ha dado tan pocas posibilidades de encontrar un enlace conveniente, me iré a Londres. Al menos ahí, hay caballeros desesperados que harán lo que sea, incluso casarse conmigo para tener una parte de mi dinero. Tendré a mi heredero a como dé lugar, les guste o no.

Y dicho esto, abandonó la estancia.